

SON LOS PADRES

Lo sé todo, dijo Blas.

Y Noé, que no sabía de qué hablaba su hijo, dejó lo que estaba haciendo para prestarle plena atención.

¿El qué?, replicó.

Mamá me lo ha contado, dijo Blas a modo de respuesta.

Era siete de enero, así que Noé miró a aquel niño de nueve años al que había criado con tanta dedicación, y comprendió.

Suspiró aliviado porque por un instante, había pensado si su mujer le había desvelado el secreto de su oficio. Que en realidad no tenía un trabajo de esos de chaqueta, corbata, maletín, oficina y máquina de café. Que sin embargo, era un empleo de horario cómodo, esfuerzo físico pero sin pasarse, y todas las tardes del año libres.

Os odio, os odio, dijo Blas, que había comenzado a propinarle tímidos puñetazos en la cadera. Preso de una ira incontenible, apretaba los dientes y no se resistía a que las lágrimas cayeran bañando las mejillas.

Cuando él se había enterado, hacía ya tantos años, también había reaccionado así. Eran momentos terribles, de asimilar mucha información de manera inmediata. Noé los llamaba las *pequeñas muertes*. Cuando comprendió que papá y mamá no lo sabían todo; que no obstante los Reyes Magos eran papá y mamá; que para que él naciera, papá había metido su pilila en el agujerito de mamá; que no iba a ser futbolista de primera división; que Cristina, la guapa de su clase, no sólo no quería corresponder a su obsesivo amor sino que además se reía de él con sus amigas; que no iba a ser millonario; que todos morimos.

Y ahora su hijo estaba llorando sin consuelo porque eran él y su mujer los que habían colocado los regalos con toda la ilusión del mundo. Y Noé no podía hacer otra cosa que abrazarle, y dejar que se le pasara, hasta que todo quedase en un recuerdo amargo de sollozos.

Mientras le consolaba, se acordó de pronto que él había experimentado una *pequeña muerte*. Hacía dos años que se había quedado en el paro; dieciocho meses que el tío Carlos le había recomendado el trabajo que le había dado de comer toda la vida; un año que había aprendido a cavar zanjas de dos metros; siete meses que se había acostumbrado al olor (como de queso fresco caducado), a los rostros descompuestos, a la tierra húmeda. Y ese día había sido el primero en el que había enterrado a un niño. Pensó que quizás lo bonito de eso es que ese niño había dejado este mundo un cinco de enero. Nunca dejará de creer en los Reyes Magos, se dijo, sonrió, y cerró un poco los brazos que rodeaban a su hijo Blas.

Luisfer Romero Calero